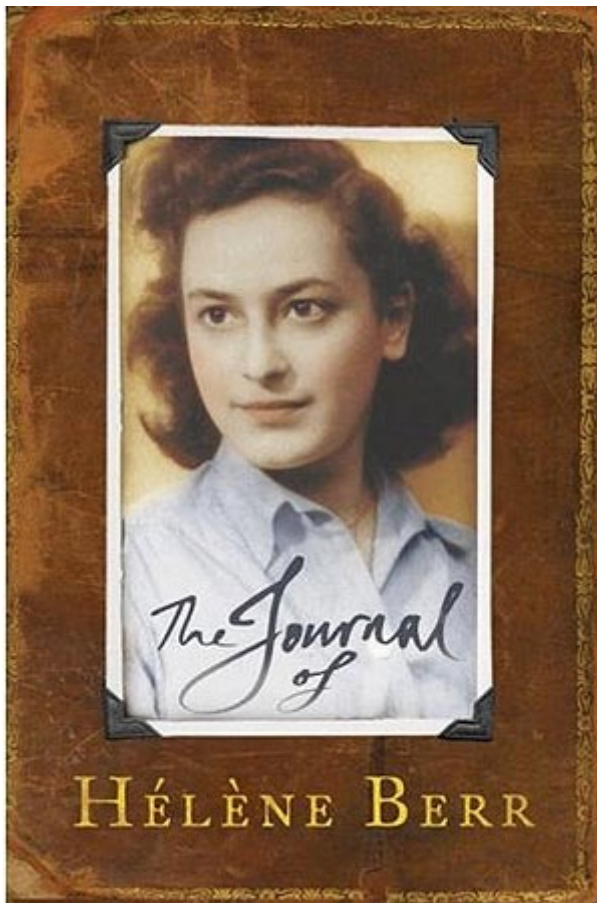


Diario sobre el consuelo



El diario de Hélène Berr.

5 de marzo de 2009.- ¿De qué está hecha la vida? De amores difíciles (o sea, de la dificultad del amor, subyacente hasta en el placer y en el logro), de realidades opacas (que no pueden entenderse, extrema ajenidad), y del fulgor y la maravilla que penetran la naturaleza y las cosas. Muy en sustancia es lo que viene a expresar el tremendo y consolador libro de Hélène Berr, 'Diario' (Anagrama, traducción espléndida y sensitiva de Jaime Zulaika), una revelación de esta temporada, completamente exquisito y recomendable.

Hélène Berr (1921-1945) era una francesa judía que vivió en París la ocupación nazi, primero con desasosiego y enseguida con terror. En 1944 fue arrestada junto a su familia y deportada al campo de tránsito de Drancy, para terminar muriendo en Auschwitz sólo pocos días antes de que los aliados lo liberasen.

En el tiempo de París escribe un diario atravesado por el miedo, pero que resulta un manual delicado y penetrante de cómo vivir en edades oscuras. Por un lado, está lo inexplicable y lo inconcebible, y por el otro está la vida, llena de fuerza y superior a las miserias humanas. A medida que el horror insiste y se hace palpable, esta muchacha de veintipocos, bella, amante de la literatura anglosajona, dotada para la escritura, con una manera de mirar que es como una piel finísima desplegada sobre el mundo, va concediendo al lector la oportunidad de compartir sus primeros amores, sus dilemas, su temor a que otros sufran por sus actos y también su concepción algo panteísta de la naturaleza, repleta de ensoñaciones y de éxtasis calmo, como si no ocurriese nada o como si todo cuanto pudiese ocurrir de malo o de bueno fuera nada en comparación con lo que uno es capaz de admirar, con lo que a uno le atraviesa, y que está más allá de la peripecia particular, de la fragilidad de una existencia que, por lo demás, siempre es frágil.

"Sin embargo, todavía soy joven, es una injusticia que se trastorne todo lo que es límpido en mi vida, no quiero 'tener experiencia', no quiero llegar a hastiarme, a desengañarme, a envejecer. ¿Qué me salvará?"

Y también:

"No soy una diletante, busco lo bello, lo perfecto, separo las cosas bellas de las otras. Tengo aún una escala de valores, no he llegado todavía a la fase en que todo se vuelve digno de interés."

Cuando más arrecia la amenaza, ese desdén de la fatalidad, y cuando ya se hace presente el horror, queda la escritura y la memoria, la inmortalidad:

"Me hace feliz pensar que, si me apresan, Andrée habrá guardado estas páginas, algo de mí, lo que es más precioso, pues ahora es ya lo único a lo que tengo apego material; lo que hay que preservar es su alma y su memoria".

"La única experiencia de la inmortalidad del alma que podemos tener con certeza es la que consiste en la persistencia del recuerdo de los muertos entre los vivos."

Creo yo que además hay otra inmortalidad: la de lo que pudo ser y no fue, pero podemos sentir. Y a Hélène Berr, a la escritora en que pudo convertirse, a su hermosa literatura truncada, junto a todas sus obras que nunca leeremos, hoy podemos contemplarlas como si existiesen ante nosotros, creciendo en la intemporalidad de los muertos que se sobreviven.